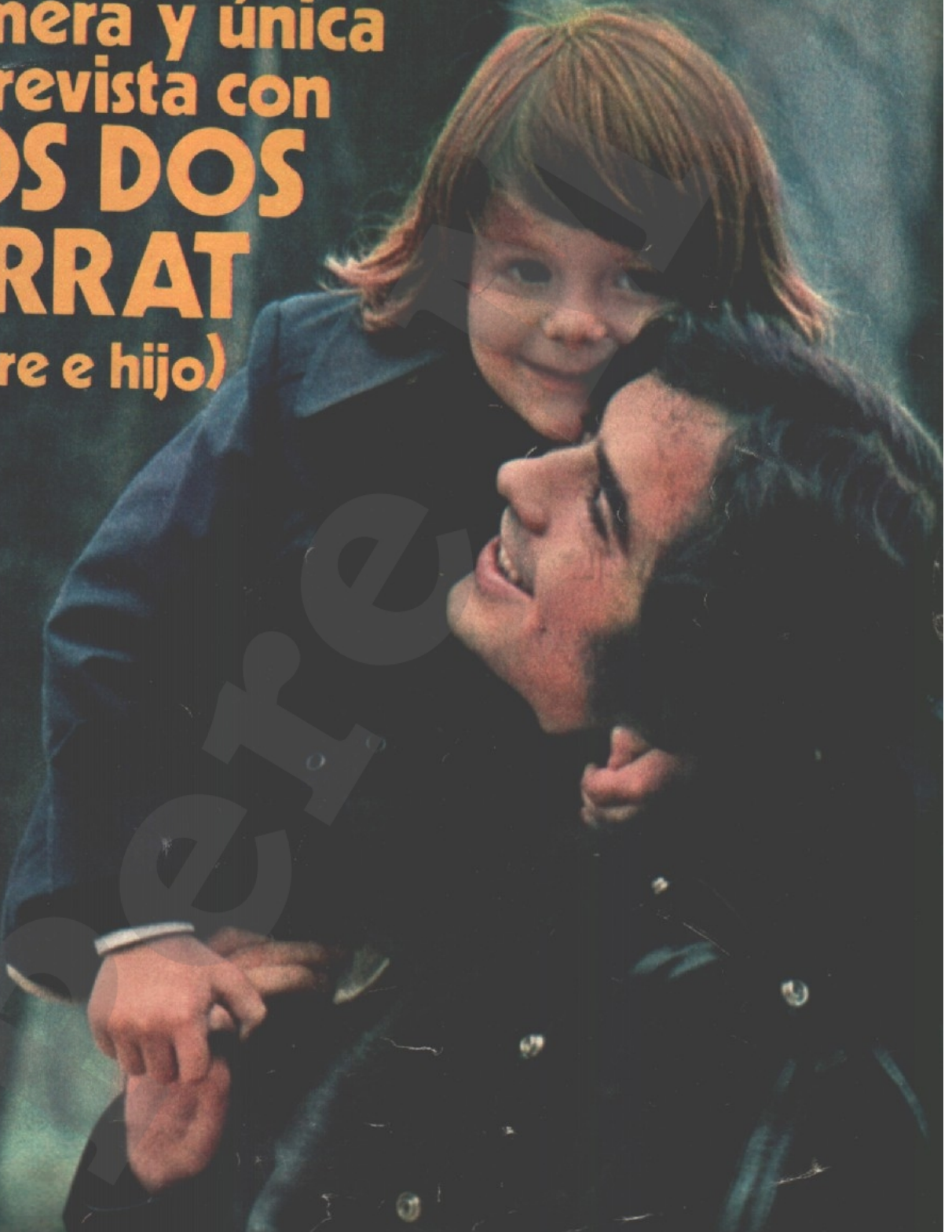


# FOTOGRAMAS

Primera y única  
entrevista con  
**LOS DOS  
SERRAT**  
(Padre e hijo)

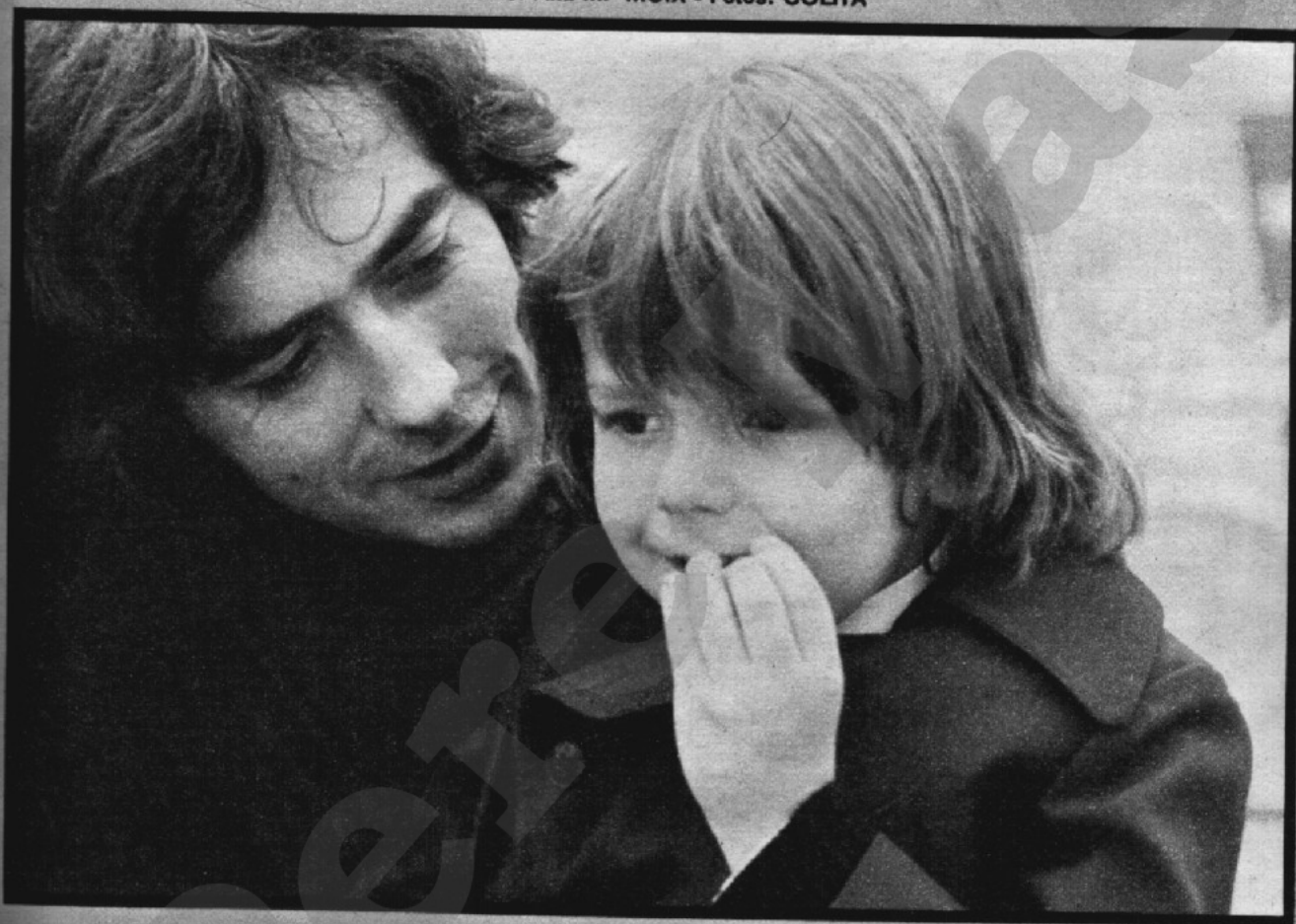
ANO XXIX • N.º 1320 • 1 FEBRERO 1974 • 25 PESETAS



# Primera y única entrevista con **LOS DOS SERRAT** (padre e hijo)

*«NO PUEDO EVITAR LA PUBLICIDAD, PERO QUERIA QUE DEJASEN A QUECO TRANQUILO»*

Texto: Ana M.<sup>a</sup> MOIX - Fotos: COLITA



Esta que les ofrecemos es la primera y única entrevista concedida por Joan Manuel Serrat para hablar de su famoso -affaire- paternal. Como podrán ustedes constatar por la lectura, el cantante defiende su intimidad a capa y espada, como la defendía antes de que estallase la -bomba Queco-. El pequeño, Joan Manuel Serrat Junior, nació el 8 de mayo de 1968 en Madrid (mientras en París pasaban cosas mucho más importantes), y desde entonces ha vivido allí con su madre, la modelo catalana Mercedes Doménech, de 24 años. Serrat y Mercedes se conocieron hace seis años, y en la actualidad no mantienen la menor relación sentimental. Hay, eso sí, el hijo. Queco estudia tercero de -preescolar- en un colegio de la Colonia del Retiro. Ve a su padre con regularidad: las pasadas navidades las vivieron él y Mercedes con Joan Manuel y sus padres, en Barcelona, y Serrat estuvo con su hijo el día de Reyes, en Madrid. El cantante visita a Queco con frecuencia, pero no quiere quedárselo a temporadas: prefiere que viva con su madre, por una cuestión de estabilidad para el propio niño. En esta entrevista exclusiva, Joan Manuel se define como padre, aclara determinados puntos y desmiente -categóricamente la acusación- que algunos le han lanzado, de haber cobrado a cambio del descubrimiento periodístico de su paternidad.

## «EL NIÑO TIENE QUE VIVIR CON SU MADRE. SI NOS LO REPARTIERAMOS SE DESCENTRARIA»



**E**l pasado día 18, una popular revista «del corazón», publicaba un reportaje gráfico lanzando la noticia de que Joan Manuel Serrat tenía un hijo de cuatro años y ocho meses (el pequeño Joan Manuel, nació el 8 de mayo de 1968, en Madrid). La noticia, reproducida después en los periódicos y demás publicaciones, ha sorprendido, como era de esperar, al público y seguidores de Serrat, pero no al círculo de amigos del cantante ni a periodistas, y otras personas ligadas a la prensa, que conocían la paternidad de Joan Manuel desde hacía tiempo y que nada habían publicado (no por que el tema fuera tabú, ni el cantante hubiera pedido silencio al respecto, sino por corresponder con naturalidad a la naturalidad con que Serrat llevaba un asunto que, el fin y al cabo, pertenece a su vida privada. A éstos, a quienes sabían de la existencia de Queco (así llaman al pequeño Joan Manuel Serrat), lo que sí les ha sorprendido es la aparición del citado reportaje gráfico en una revista, y con un tono, que nada corresponde al nivel de la personalidad pública y artística de un cantante y autor como Joan Manuel Serrat.

Tras el «boom» de la noticia, la cola de periodistas en el domicilio madrileño de la madre de Queco, la modelo catalana Mercedes Doménech, joven de veinticuatro años, ha sido impresio-

nante, lo mismo que en casa de los padres de Joan Manuel Serrat y de la madre de la modelo. El teléfono tuvo que descolgarse durante la mayor parte del día. Serrat, que hasta ahora se ha negado a todo tipo de declaraciones al respecto, se halla en Madrid donde permanecerá durante unos días, el tiempo que dure la grabación de su próximo L.P. en castellano. Lo encontramos en un hotel de las afueras de la capital sobre la que alterna el tibio sol invernal y una ligera niebla. Joan Manuel, a la una del mediodía, aparece en la cafetería del hotel, con aspecto de cansancio. ¿Acoso de curiosos y periodistas? ¿Preocupaciones?

«¿Acaso de preguntas? ¡Uf, muchísimo! Pero yo estoy aquí trabajando, así que no estoy para nadie. No tengo nada importante que decir. El otro día, ¡si hubierais visto la casa donde vive el niño con su madre! Tuvieron que irse de fin de semana. ¡Qué barbaridad! ¿Preocupaciones? Ninguna, todo marcha bien, normal, todo va como ha ido durante casi cinco años, como debe ir y como seguirá yendo. Todo el mundo me pregunta si estoy contento. Claro que estoy contento, me encanta mi hijo, es un chaval estupendo, ahora lo verá. Pero cuando me preguntan esto recuerdo a un niño que dio en su casa una fiesta infantil, para sus amiguitos. Al finalizar, la mamá de otro niño le preguntó: "Nena, ¿estás contento

de que todos hayamos venido a tu fiesta, verdad?" Y el niño le respondió: "Sí, señora, estoy muy contento, de que todos hayan venido, pero antes también lo estaba". Quiero decir con esto, que yo y todo cuanto a mí respecta, sigue como antes, con la única diferencia de que ahora tengo un hijo, bueno ahora, desde hace más de cuatro años, y las preocupaciones que esto acarrea, no a mí como cantante y personaje público, sino como a cualquier ser humano que adquiere una responsabilidad. Que se haya sabido o no, no cambia nada.» A eso íbamos: ya que se ha dado a la publicidad. Aunque Serrat había dicho que nunca actuaría como el torero, ¿no hubiera sido mejor actuar como lo hizo Manuel Benítez, «El Cordobés», adelantándose a la prensa y manipulando él la información desde el primer momento? Hay mucha gente que se pregunta por qué se prestó al mencionado reportaje, y aunque se suponen que alguna razón habrá (razón que se les escapa) puesto que no corresponde el tipo de actuación de Serrat a lo largo de una carrera tan digna desde todos los puntos de vista, hay quien dice que ha cobrado, de la mencionada revista, alrededor del medio millón de pesetas. Serrat se ríe: «¿Medio millón? ¡Qué tontería! ¡Ni que hubiera perdido todo en Montecarlo y estuviera necesitado de dinero! ¿Medio millón, sólo? Quien ha lanza-

do ese bulo, al menos hubiera podido hacernos el honor de encajear un poco mis honorarios. ¡Decir que han sido veinte o treinta millones! ¡Qué estupidez! Ahora más serio: «Mira, nunca tendría suficientes hígados para hacer algo así y especular con esas cosas. Creo que tener un hijo es una de las pocas cosas serias de la vida, ¿no? Quien o quienes, haya sido capaz de pensar algo así, es quien sería capaz de cometer un acto tan bajo, sería capaz de hacerlo o tendría mucha necesidad de dinero o de publicidad para hacerlo. Repito, que ni tengo hígados para caer en semejantes cosas, ni tengo necesidad de dinero ni de publicidad. También ahora, por concederos esa entrevista en exclusiva, podrían pensar que cobro una fuerte suma de «Fotogramas», ¿no? Preguntas, pregunta a Eleenda Nadal lo que me paga, y si me paga, ponlo, ponlo en letras bien grandes.»

Volvamos al reportaje aparecido: «Mira, nunca he pretendido negar nada, ni dar la existencia de mi hijo a la publicidad. Todos mis amigos lo sabían, y varios profesionales del periodismo también y nunca lo habían utilizado: no por nada especial, sino porque tener un hijo es algo muy normal y natural, no he sido el primero en tenerlo ni voy a ser el último, ¿verdad? No presenté a mi hijo en sociedad porque no quería utilizarlo para darme publicidad, y

«REPIERO QUE SE HAYA SABIDO ASI  
A QUE SE CEBARAN EN LO DEL HIJO  
SOLO Y ABANDONADO»



me gustaría que estuviera tranquilo él, su madre, y sus abuelos. Repilo, que nunca he querido utilizarlo para ningún tinglado publicitario, cosa que ha hecho todo quisque en este país. La verdad es que no me esperaba lo que ha sucedido. La culpa ha sido mía, por pasarme de listo quizás. Acepté el reportaje porque lo he preferido a otro que hubiesen podido hacer aprovechándose y cabándose en la cosa del niño solo, abandonado, que no vive con su padre. En este país no se puede pedir daños y perjuicios a efectos humanos, y parece ser que a cantantes y futbolistas se nos pueda llamar de todo, como si fuésemos los personajes críticos del país. Es demasiado fácil, ¿no? ¿Por qué no se meten en la vida privada de gente más importante? Lo que sucede en nuestras vidas quizá quedara pálido en comparación.» Joan Manuel consulta el reloj. Ha quedado citado con Queco, a la salida del colegio. «He preferido este tipo de reportaje al otro que te he dicho podían hacer, no pensando en que este segundo pudiera afectarme a mí en cuanto a individuo público, sino pensando en lo que le hubiera podido afectar al niño en cuanto a la relación con la gente que lo rodea. Con la mentalidad media de la gente de este país, quiero que si le dicen algo sea referido a mí. Preferiría, naturalmente, que lo dejaran tranquilo, y que el inte-

rés que yo pueda despertar esté más relacionado con la música que conmigo como ser humano o con mi vida privada.»

A la una y media, Serrat aparca frente al colegio. «Ahora lo veréis. Es un chaval muy simpático, no se retrae delante de nadie.» Sube al colegio y al cabo de unos minutos reaparece con Queco. «¡Cuidado, Queco, no bajes de la acera! ¡Uf, no sabéis lo que es salir a la calle con niños. ¡No se les puede quitar la vista de encima ni un minuto. Va, sube! Le abre la portezuela delantera, donde está sentada Colita. «Mira, esta es Colita, y esta Ana.» Queco saluda con un beso. Y Colita: «Ven, siéntate aquí. Soy tu tía de Barcelona.» Queco se sienta entre Juan Manuel y Colita. Lleva una media melena rubia, y tiene los ojos perdos. Pantalón gris, y por el cuello de la gabardina azul, cruzada, aparece el nudo de una corbata azul con topes blancos. Colita empieza la operación conquista. «¿Te dejarás hacer unas fotos, con ese traje de inspector Maigret?» «Sí», asiente sonriendo. Joan Manuel propone ir al Retiro. «Sí, ¿veremos los peces, eh papá?» Se queda muy quieto y formal, mirándonos de reojo de vez en cuando y sonriendo: no sé si a nosotras o a la idea de ver los peces. Al final, creo que ya sé a qué sonríe: a los coches que svanzan por la calzada, que le encantan. «Esta sí es bonita, papá», se refiere a un maseratti.

«Yo tengo un taxi amarillo.» Sus juguetes preferidos no se limitan a los coches: nos cuenta las excelencias de un cine con películas de dibujos animados, de una excavadora y del mecano. Simpático y cariñoso, de vez en cuando, se abraza de repente a Joan Manuel. «Oye, Queco, después, ¿quieres que vayamos a comer al «Rafa», o prefieres ir a casa?», pregunta Joan Manuel muy serio, pero reprimiendo una sonrisa, seguro de la respuesta del niño. «¡No, a casa no! ¡Al «Rafa», papá, al «Rafa», que veremos al perro! Otra de las aficiones de Queco: los perros. Nos explica, bajando el tono de voz, como cuando los niños hablan de algo o alguien a quien admiran profundamente, que tiene una perra «negra y marrón, que se llama Yuca».

En el Retiro, Queco nos dirige inmediatamente hacia el estanque de los peces. «Estaremos poco rato. Tienes que comer.» «Bueno. ¿Comeré un huevo?» «Lo que quieras.» «Un huevo... y patatas fritas.» Durante el paseo, Queco no cesa de formular preguntas sobre todo lo que ve u oye. Es la edad de la curiosidad y se interesa por todo. ¿Por qué hay barro en el suelo? ¿Por qué no hay hojas en los árboles? ¿Por qué unos perros son de un color y otros de otro? ¿Cómo funcionan las cámaras de Colita? ¿Qué es un fotómetro? Joan Manuel responde, entre paciente y

divertido, hablándole como una persona mayor. «Cuando vamos al zoo, que es lo que más le gusta, no para de hacer preguntas respecto a los animales. Tiene un memoria... al cabo de quince días o un mes, vuelves y te cuenta todo lo que tú le has explicado.» Queco dice que le gustan todos los animales, se queda un rato pensativo y añade: «Bueno, todos menos uno: las culebras, no.» Tras la visita a los peces, se empeña en pasear en barca, pero Joan Manuel le explica que es tarde, y Queco se conforma. «Bueno, pues vayamos a comer.» De regreso al coche, Joan Manuel y Queco le dan a un balón de papel. A Queco también le gusta el fútbol. «Soy del Barça, como mi padre.» Naturalmente, sabe quiénes son Cruyff y Rexach y Juanito.

En el restaurante, los camareros ya conocen a Queco. Sólo entrar y uno de ellos lo recibe con la noticia. «Tenemos otro perro, muy pequeño, casi recién nacido.» Una breve visita de Queco a los perros. Parece haberse olvidado del huevo, pero a la llamada de Joan Manuel se sienta dócil en la mesa. Sentado en frente, sólo veo una cabecita rubia, la corbata emergiendo del pullover gris, y una expresión entre formal e inquieta; no se pierde detalle de cuanto sucede a su alrededor, pendiente del momento en que los camareros abren los psquetes de barritas de pan

## «ESTOY CONTENTO, PERO TAMBIEN LO ESTABA ANTES DE QUE SE SUPIERA»



bimbo. Por costumbre sabe lo que va a suceder y lo espera ansioso: efectivamente, cuando el camarero abre el paquete, mira de reojo a Queco, se guarda una bolsita en la mano, y pregunta: «¿A qué no sabes qué voy a darte?» «¡Los cromos!», que son de perros y los colecciona. Pregunta al después irá al parque de atracciones. «¿Hoy? No. Después de comer tú irás a tu colegio y yo al mío», dice Joan Manuel. Queco se extraña de que su padre vaya al colegio. «Bueno, a una especie de colegio para mayores que se llama trabajo.» En el reportaje aparecido sobre Serrat y Queco, se decía que el niño iba a un colegio religioso. Preguntamos a Serrat por la educación que tiene planeada para Queco. «¿Colegio religioso? No, no. Bueno... al menos que yo sepa no.» Preguntamos a Queco si hay curas en su colegio. Se encoge de hombros. «No sé.» Pues no, de lo contrario se hubiera enterado. Explica que tiene una señorita, y van a una clase de niños y niñas, o sea, mixta. «¿Tipo de educación a darle? No creo que la tengan en ningún colegio. Por otra parte, no sé cuál sería el tipo de educación ideal. Además, creo que la educación, aparte de la suerte de tener buenos profesores y buenas p:;dres, viene muy condicionada por lo que sucede en el mundo y los condicionamientos que lo rodearán.» Comentamos lo que se pregunta todo el mundo: cómo conoció a

Mercedes, cuándo se enteró de la existencia de Queco, cuándo reconoció al niño, etc. Joan Manuel parece irritarse: «¡Es que nos hemos vuelto todos locos, o qué! ¡No voy a contar cinco años de mi vida! Lo único que importa es que el niño vive, está aquí y es mío. No tengo por qué contar nada más. Te contesto con aquella canción de Brassens: "no tengo por qué contar cuándo hago el amor, ni con quién, cómo ni a qué horas", etc.». En este nuevo L.P. que está grabando, ¿hay alguna canción compuesta para Queco? «No, hay una canción infantil, para despertar a una niña de tres años. Creo que saldrá justo antes de irme a América, en mayo. ¿Qué países haré? Brasil, Argentina, Perú, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, Centro América y Méjico.» Queco ya se ha comido su huevo, y va entre las mesas, en busca de que los camareros le den más cromos o lo conduzcan ante los perros. Joan Manuel está inquieto. No quiere que moleste. Pero Queco no molesta a nadie. Sólo se oye su voz: «Señor, ¿sabe dónde hay un lavabo?» Más corrección en un niño no se puede pedir Joan Manuel sonríe, entre satisfecho y divertido. ¿Dónde y con quién vivirá Queco? «El niño tiene que vivir básicamente con su madre. Así ha sido hasta ahora. Para su bien, tiene que vivir fijo en un sitio, sin ir viajando de un lado para otro, y tiene que crecer entre otros niños. Creo que eso de

repartirlo tanto tiempo con la madre y tanto conmigo sería un error, el niño se descentraría. No puede cambiar de colegio y de lugar cada dos por tres. Tiene que tener una estabilidad. Si ni la tenemos los mayores, él no tiene ninguna culpa.» A Joan Manuel siempre le han gustado los niños, no es de extrañar que con Queco, su primer hijo, simpático, cariñoso y vivísimo, se comporte como un padrazo satisfecho, aunque la verdad es que no se pasa. ¿Qué ha supuesto para Serrat, humanamente, el contacto con Queco? «Mira, es como... no sé cómo explicarlo. Por otra parte, me molesta hablar de ello porque recuerdo a mi madre hablándome de cuando yo era pequeño y me contaba cosas que medio me enfadaban y de las que medio me burlaba. Bien, ahora la comprendo. Me ha producido mil sensaciones que antes nunca había sentido. Eso quiere decir que me quedan mil más por descubrir, con él, sin él, o con los que vengan.» ¿Qué le gusta más en su relación con Queco? «Hablar con él. Cosa nada fácil, no creas. Como todos los niños tiene su mundo, a veces te deja entrar y otras no. Pero hablando con él, en casa, o pasando, lo pasamos muy bien.» ¿Se ha dado cuenta de que Joan Manuel es un cantante famoso, un personaje público? «Sabe que canto, claro. Pero a su edad, le interesa saber lo que tiene, o sea alguien, no lo que hace su padre.» Queco regresa a

la mesa con un buen puñado de cromos. «Oye, ¿te los han dado o los has pedido?», pregunta Joan Manuel preocupado. «No pidas nada, ni molestes, ¿me entiendes?» El niño cuenta sus cromos en silencio. «Oye, Queco, no debes molestar porque quedamos mal los dos, ¿sabes? ¿Somos amigos, o no?» Queco lo mira, y asiente. «Pues si somos amigos tenemos que ayudarnos, ¿no?» Queco asiente de nuevo, y se queda pensativo mirando a su padre. Y tras terminar sus pensamientos: «Pero si no nos ayudamos tampoco pasa nada», y tras el corta se vuelve con los perros. «Anda, ¿qué os parece el niño?» Tras un silencio. «Lo único que me apena es la época en que ha nacido, los años que se acercan y que le tocarán vivir.» Dificiles, pero no hay que exagerar... «Si, sí, estoy seguro de que cada vez será peor. La tecnología avanza en progresión geométrica y el hombre en progresión aritmética: cada vez el hombre será una poca más pequeña, más insignificante, se sentirá más humillado.» Es el temor que siente cualquier padre pensante que hoy en día pone un hijo al mundo. «Tengo un amigo que tiene un hijo que se llama Manel, y siempre le llama "pobre Manel", en lugar de Manel, jyo me reía y le tomaba el pelo! Es exagerado, pero ahora lo comprendo.»



¿Un nuevo Serrat, tras la paternidad desvelada? No, el mismo de siempre. Aunque el hijo ha influido en su evolución como persona, en su madurez. Tras la revelación, Joan Manuel confiesa que está contento. «Pero tanto como lo estaba antes».

**“ESTE HIJO  
HA DESPERTADO EN MI  
MIL SENSACIONES  
NUEVAS”**





No hace falta ser un lince para constatar que Joan Manuel Serrat está absolutamente enloquecido por Queco. El pequeño, por su parte, se sabe el centro de la atención, el blanco del entusiasmo paterno.





Un paseo por el Retiro, una visita al Zoo, una simple camiseta, se convierte en toda una aventura para Queco. Y también para Serrat. El niño hace preguntas continuamente, y su padre le responde cuidadosamente, como a un adulto.

